

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 10, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 245

25 cts.



**EL PARAÍSO
ENVENENADO**

FOR
KENNETH HARLAN,
CARMEL MYERS,
CLARA BOW, etc.

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 245

EL PARAISO ENVENENADO

(POISONED PARADISE, 1924)

Una emocionante historia
de Monte Carlo, según la novela de
ROBERT W. SERONE.

Intérpretes: KENNETH HARLAN, CLARA BOW,
RAYMOND GRIFFITH Y CARMEL MYERS.

Exclusiva de

PRINCIPE FILMS, Sdad. Ltda.

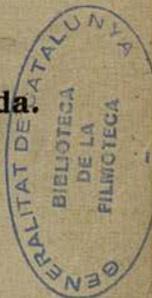
SAN SEBASTIAN

Para Cataluña, Aragón y Baleares

J. CAVALLÉ

Aragón, 225. pral.-BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
BETTY BALFOUR





EL PARAÍSO ENVENENADO

Argumento de la película



En Monte Carlo — alegre patio de recreo del mundo — hay un templo del azar, erigido para locura del género humano, donde a veces interrumpe las ansias de la fiebre de oro el estampido de un arma suicida.

Había en Londres un niño, Hugo Kildair, que un día vió salir a su padre para un viaje del que nunca más regresó.

La madre de ese niño, muy ajena a lo que le había ocurrido al ausente esposo, recibió la siguiente carta:

Señora G. Kildair

17 Mayfair Road

Londres

Muy señora mía:

Cumplo el triste deber de informar a usted de la repentina muerte de su marido, acaecida la noche del 4 en el Casino.

La desventurada esposa sollozó amargamente, estrechando a su hijito contra su pecho, y el nombre fatídico de Monte Carlo temblaba en sus labios con odio.

Prohibida la
reproducción

Revisado por la
censura gubernativa

Simultáneamente, en París, una niña, Margot Deroix, que nació bajo signo nefasto, pues en sus más tiernos años perdió a sus padres y recogida en su orfandad por una vieja alcohólica jamás gustó la dulzura de un beso, asistía casualmente a una escena de extraordinaria alegría.

Margot había bajado del desván que habitaba con la vieja alcohólica, para comprar vino en la taberna situada en la planta baja de la misma casa.

En dicho establecimiento había numerosos parroquianos, todos ellos gente de vida dudosa; y de súbito apareció la dueña que había estado ausente unos días.

—¡Bienvenida a casa, “Madre Tranquila”! ¡Un siglo nos pareciera su ausencia! — gritó la encargada de la simpática patrona.

“Madre Tranquila” contestó, agitando triunfalmente los brazos y mostrando un bolso:

—¡Dios bendiga a Monte Carlo, que me dió una fortuna! ¡Corra a torrentes el champaña! ¡Quiero que todos participen de mi alegría!

La encargada de la taberna repartió las botellas del señorial vino que había en la tienda, y mientras saltaban con ímpetu los comprimidos taponés, Margot, no considerándose con derecho, no tan sólo a reírse, sino a ver cómo se reían los demás, pues su vida era la tristeza personificada, echó a andar hacia la escalera, para subir al piso y complacer con más vino a la insaciable alcohólica.

La vieja discutía en aquellos momentos con un pariente, que era también un buen amigo de Baco. Como la disputa agriábase, el hombre creyó prudente marcharse; y la borracha, no teniendo más que a la niña para calmar sus nervios, la emprendió con ella, sin motivo, dispuesta a pegarle duro o a tirarle con toda su alma de los pelos, como otras veces.

La niña, asustada, daba vueltas alrededor de la mesa, colocada en el centro de la habitación; y la vieja,

más colérica ante la resistencia de su infeliz ahijada, armóse de un cuchillo.

—¡Te voy a matar, desgraciada!

Margot huyó del piso, bajando las escaleras precipitadamente, a riesgo de rodar por ellas como una piedra redonda.

La vieja, en su afán de alcanzar a la niña, se aventuró, a pesar de su estado, a descender las escaleras, y ocurrió lo inevitable: perdió el equilibrio y, cayendo al pie de aquéllas, encontró la muerte como un castigo del cielo.

Aterrada, Margot anunció en la taberna el suceso, y mientras unos hombres recogían a la alcohólica, que seguía empuñando el cuchillo con que pretendiera herir a la niña, ésta encontraba amparo en “Madre Tranquila”.

—¡No te aflijas, pobre Margot! Yo seré una madre para ti. Ahora me sobra el dinero, ¿sabes?. ¡Bendito sea Monte Carlo!

Margot, comprendiendo, a pesar de sus pocos años, lo que significaba para su porvenir la protección de “Madre Tranquila”, le besaba las manos llorando. ¡Iba a renacer a la vida!



¡Monte Carlo! Inmutable ante el eterno mudar de las cosas, diríase un monstruo indestructible, de perennemente insaciada voracidad.

¡Qué singular semejanza entre el juego y la vida! ¿Qué es ésta sino una hechura del azar, la parada en la ventura o en el infortunio de la bola del destino?

Los aventureros que se reúnen en el imperio del Casino son legión, y el temor de ellos, en la época

de nuestra historia, era Krantz, el gran Krantz, como le decían... el jefe de la policía secreta de la casa de juego.

Gentes de todos los lugares, razas y colores alteraban en la concurrida mesa... Y en esa variedad aturdidora, un solo estímulo, una sola idea predominante: la ambición.

Uno de los asíduos del Casino, por aquellos días, era el señor Martel, conocido también por "El Rata"; tipo singular que navegaba por la vida sin el lastre de los escrúpulos, que arrojó por perjudicial.

Krantz le tenía la vista encima, y aquel día, habiéndole sorprendido en una de sus combinaciones de aprovechamiento, le obligó a mostrarle la suela del zapato, encontrando pegada en ella una moneda de oro, un luís, que se le cayera a una dama que lo estaba buscando.

Le aseguro a usted que fué involuntariamente — disculpóse el aventurero.

—Le aconsejo que venga aquí lo menos posible, o me verá precisado a obrar de otra manera.

—Le repito que no sé cómo pudo pegarse esa moneda a la suela de mi zapato.

—Muy sencillo. Le puso usted goma antes a esa suela.

—¿Qué! ¿Usted supone que yo...?

—Ni una palabra más. Ojo y ojo.

Habían pasado muchos años desde que Margot fué recogida por "Madre Tranquila", y es en Monte Carlo donde la volvemos a ver, transformada de niña en agradable joven.

Habiendo crecido con una concepción idealista de Monte Carlo, Margot vino a él después de la muerte de su bienhechora de la taberna de los barrios bajos de la Ciudad Luz.

También había caído en la famosa población de Mónaco Hugo Kildair, el muchacho de Londres, un

joven de simpático continente ahora, en busca de mercado para las obras de su pincel.

En tanto que Margot, tentando a la fortuna, perdía hasta el último céntimo de lo que trajo de París, Hugo recibía en el cuarto del modesto hotel en que se hospedaba, la visita de un viejo vendedor de cuadros.

—No he tenido tiempo para esperar, señor Kildair... Corriendo vengo de la tienda para darle esta alegría. ¡Se ha vendido uno de sus cuadros! He aquí el dinero. Lo han pagado bien.

Hugo se disponía, momentos antes de llegar el vendedor de sus obras, a comer poco por no gastar mucho, ya que sus fondos eran escasos. Al recibir los billetes logrados con el primer cuadro vendido, renunció a su modesto yantar y salió del hotel para comer en un buen restaurante.

Margot y el señor Martel se hospedaban en el mismo hotel que Hugo.

El aventurero, al ver a la joven, que acababa de llegar, como él, del Casino, completamente arruinada, como lo hacía suponer su tristeza, y enterado de que estaba sola allí, creyó fácil su conquista, una conquista que ofrecía la ventaja de una alianza para sus negocios.

Margot subía a su cuarto, y el señor Martel, sin encomendarse a Dios ni al diablo, apoderóse de unas flores que la patrona tenía en un búcaro encima de la mesita de la administración, y siguió a la agraciada desconocida, decidido a ofrecerse incondicionalmente a sus órdenes... en seguida.

Margot, comprobando que un hombre la seguía, encerróse con apresuramiento en su cuarto.

—Usted perdone, señorita... Yo quería decirle dos palabras... dos palabras nada más...

Pero Margot echó la llave a la cerradura.

El señor Martel no se dió por vencido. Para despistar a Margot, por si ésta abría la puerta conside-

rando pasado el peligro, fingió que subía al piso inmediato, donde se hallaba el cuarto que él ocupaba, y bajó casi en el acto, intentando entrar en el de Margot; mas no lo logró por seguir éste cerrado.

—Bueno. Otro día será — se dijo el aventurero subiendo resueltamente a su habitación.

El hambre, la escasez, todo el cortejo de negaciones de la miseria se había hecho para los humanos; pero no ciertamente para la señora Belmire.

Aventurera bellísima y distinguida, paseaba sus tentaciones por los mejores centros de riqueza, siempre al acecho de conquistas productivas.

Hugo comía aquel día en el mismo restaurante que frecuentaba la señora Belmire, y guiada por la elegancia del joven pintor, ésta supuso que se trataba de un rico extranjero y no titubeó en proceder con él como procediera con otros. Le miró repetidas veces, hasta que Hugo, extrañado de aquellas miradas, miró insistentemente, a su vez, a la desconocida y bella — muy bella, indiscutiblemente — mujer.

La señora Belmire le hizo una discreta seña para que se acercase a ella, y Hugo, galantemente, la obedeció.

La señora Belmire levantóse también de su silla y saludó a Hugo, quien continuaba preguntándose si era confundido con otro.

—¡Cómo! ¿Ya no me recuerda usted? — le dijo ella.

—No creo haber visto a usted nunca... Debe tratarse de una equivocación...

—¡Oh, perdóneme! Le había confundido con un amigo mío, bastante ridículo por cierto.

—¡.....!

—Pero fijándome un poco he visto mi error... Usted es muy distinto de él, más elegante, mejor parecido.

—Muchas gracias... Va usted a ruborizarme con sus elogios.

—Si quiere, puede usted comer a mi lado... Así verá que lamento la confusión, tratándole como amigo.

—Acepto.

Lejos estaba Hugo de sospechar que la señora Belmire obraba por cuenta de un caballero de industria que era su amante.



—¡Cómo! ¿Ya no me recuerda usted?

El vividor estaba también en el restaurante, comiendo tranquilamente en una mesita del fondo, frente a la de Hugo y de la aventurera.

De cuando en cuando la peligrosa pareja se dirigía elocuentes miradas.

—¿Qué, cae el pollito? — preguntaba el hombre.

—Caerá, no lo dudes — replicaba la irresistible mujer.

En efecto; Hugo estaba a punto de caer. La be-

lleza de la aventurera le había cegado, y ya antes de separarse de ella, deseaba volverla a ver.

El camarero del restaurante, que conocía las "bromas" de la señora Belmore, acató una seña suya.

—¿Quiere la cuenta la señora? Al momento.

—¿Cuánto es?

Hugo no podía permitir que la bella dama pagase estando él allí, aunque hubiesen comido cada cual por su lado.

—Deme a mí la cuenta de la señora, camarero — dijo —, junto con la mía.

El camarero obedeció sin hacer caso de las estudiadas protestas de la clienta, y presentó a Hugo varias notas, como si pertenecieran a comidas atrasadas.

Hugo sorprendióse, pero tratándose de una fineza en la que ponía algo de su corazón, no le importó dar un billete más o menos.

Unos amigos de la aventurera entraban en aquellos momentos en el restaurante, y ella, separándose de Hugo, fué a reunirse con ellos, que la llamaron.

La obediencia a la solicitud de los recién llegados no dijo a Hugo que eran venenosos los encantos de la mariposa del placer, porque ya había cegado en su luz de belleza.

Tal vez al día siguiente la volvería a ver, y con esa esperanza en el pecho, salió del restaurante.

Margot, entretanto, preguntábase en el cuarto del hotel, qué debía hacer. Barrido por la raqueta del "croupier" su último franco, sin nadie a quien volver los ojos en una ciudad extraña... ¡qué horrible tormento el suyo!

Y mientras Martel, el vividor, sonreía a una vida ganada a fácil precio de indignidades, tumbado en la cama y leyendo revistas galantes, gemía Margot los rigores de su desdichada existencia.

¡Oh, Margot infeliz! Toda su vida, en el bar de "Madre Tranquila", en París, había soñado con la

fortuna arrancada a la ruleta, y pedido al Buen Dios que le permitiese bendecir a Monte Carlo.

Margot salió del hotel para calmar con el aire puro su agitado cerebro.

Sentada estaba en un banco de un paseo, cuando Martel, que también saliera del hotel, la sorprendió en su ensimismamiento.

—¿Por qué está triste la señorita? ¿Acaso ha perdido?

Ella no le contestó. Aquel hombre no le inspiraba confianza.

—Yo soy vecino de usted... Mi habitación en el Hotel Grimaldi está en el piso de encima de la suya... "Número veinticuatro".

—Haga usted el favor de retirarse...

—A un vecino no debe tratarse así. Sea usted cariñosa... A la desgracia hay que ponerle buena cara para que no se cebe demasiado en sus víctimas... Usted y yo podemos ser buenos amigos... Puede usted subir a verme alguna noche... Yo le prestaré el dinero que necesite... Recuérdelo bien: "cuarto número veinticuatro".

—¿Quiere usted dejarme en paz? ¡Ah, un guardia!

Margot fué al encuentro del agente de la autoridad de servicio en aquel lugar; y el buen hombre limitóse a indicar a la pareja, que el uno echase a andar por un lado, y el otro por el lado opuesto.

—Así — se dijo el guardia —, si se disputaban, separándose un momento se calmarán dándose un paseo solitos.



En la hora crepuscular en que la sombra vence la luz, otras tinieblas hacían caer la noche sobre el espíritu de Margot.

En las manos de la infortunada temblaba la factura del hotel. Debía 180 francos. ¿Cómo abonarlos, si no tenía ni un céntimo?

De pronto oyóse gran alboroto en el hotel. Una mujer gritaba desesperadamente:

—¡Me han robado! ¡Me han dejado en la ruina, Dios mío!

Varios huéspedes habían abandonado el hotel aquella tarde. ¿Cuál de ellos era el ladrón?

El ladrón estaba todavía en el hotel, y muy tranquilo por cierto. Era Martel. Pero se marcharía aquella misma noche. El pretexto no podía ser mejor.

—Tendré que irme de esta casa, donde no se puede vivir con tranquilidad... ¡Hay aquí demasiados ladrones! — dijo a la patrona poco después de tener "noticia" del robo.

—No haga usted tal cosa, señor Martel. Eso puede pasar en cualquier parte. Pero si se decide definitivamente a marcharse... avíseme para prepararle la cuenta...

—Desde luego..., desde luego... Ya la avisaré...

Buscando una solución a su crítica realidad, pues no necesitaba únicamente el dinero para pagar la pensión, sino otra cantidad para subvenir a sus más penosas necesidades, Margot recordó la oferta de Martel: "Yo le prestaré el dinero que necesite" — le dijera el aventurero.

¡Oh, nunca! Ir a pedir ayuda a Martel era hacer entrega de su persona.

Pero la crítica situación no admitía espera... En su desesperación no vio otro camino la infeliz Margot... y en un supremo esfuerzo, borró de su rostro las huellas del llanto, para subir por la antes desdenada oferta del vividor.

Sin saber cómo, encontróse súbitamente en el piso superior. Mas, antes de llegar a la puerta del cuarto que ella buscaba, sintió como flaqueaban sus energías, como vacilaba en protesta todo su espíritu.

Retrocedió y volvió a adelantar. ¡Qué horribles momentos!

Martel, en su habitación, liaba sus maletas para levantar el vuelo.

El cuarto de Hugo se hallaba frente al de Martel. La puerta estaba ligeramente abierta. El pintor acababa de llegar, y al quitarse la americana, dejó encima de la cama, que se veía perfectamente bien desde el pasillo, su cartera, la cual, al tirarla él de cualquier modo, se abrió, descubriéndose algunos billetes.

Los pasos de Margot en el pasillo llamaron la atención de Hugo, que, recordando el robo cometido aquella tarde en el hotel, se puso al acecho.

Margot, junto a la puerta del cuarto de Martel, seguía vacilando. Era, la suya, una lucha no por callada menos terrible, entre los apremios de la necesidad y los fueros del pudor.

De pronto, levantando sus bellos ojos del suelo, Margot vio delante de sí, en el cuarto de enfrente, una cartera.

Hugo ocultóse detrás de la puerta de su habitación, sospechando que Margot iba a robarle, pues apenas ella vio la cartera, sus pasos dirigiéronse maquinalmente hacia la habitación entreabierta, con ánimo de alargar el brazo y apoderarse del dinero.

La infeliz obraba por necesidad, dispuesta a cometer un robo antes que venderse como una cualquiera.

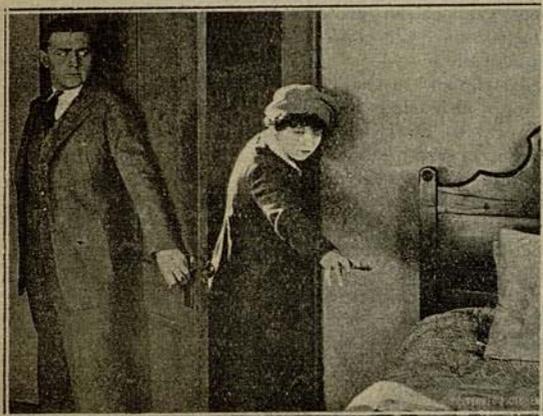
Ya iba a ser suya la cartera, y sus ojos relampagueaban de alegría.

Pero...

—¡Quieta!

Cerróse la puerta y quedó Margot dentro de la habitación.

—¡Dios mío!



Ya iba a ser suya la cartera...

—¡De modo que tú eres la ladrona!... Porque eres mujer, dime qué puede haber en tu descargo para que no te entregue a la policía.

—Piedad, señor... Me muero de hambre...

Margot cayó desvanecida.

—¡Eh! ¿Qué es esto? Señorita... señorita...

Solicítamente atendida por Hugo, la sincopizada volvió en sí a poco, y sin pretender saber nada más de ella que lo que ya sabía, es decir, que se moría

de hambre, el joven la llevó a un restaurante, cenando juntos.

Durante la cena, satisfecho el apetito de la hambrienta, Hugo le dijo:

—Ahora, Margot, cuénteme su historia.

Ella le obedeció, refiriéndole punto por punto lo que había sido de ella desde su más tierna infancia. "Madre Tranquila" murió, y el bodegón quedó para ella, que lo vendió, porque quería poner una tienda de modista. El importe de la venta de la taberna era insuficiente para realizar su idea, y como "Madre Tranquila" le había hablado siempre de Monte Carlo... de cómo había ganado ella a la ruleta su pequeña fortuna... acometióle la idea de ir a Monte Carlo... para ganar... al menos el resto del dinero para comprar la tienda de modista.

—¿Pero perdió usted... ¡y lo perdió todo! Como siempre — dijo Hugo—. Y ¿qué va a ser ahora de su vida?

—No sé... no sé... Si no encuentro trabajo pronto... de cualquier cosa... porque he de comer...

Hugo meditaba.

—¡Ya encontré la solución! — exclamó bruscamente—. Desde que murió mi madre, no tengo nadie que cuide de mí... ¿Quiere usted ser mi... mi ama de gobierno?

—¿De veras?...

—Yo tengo algunos paños, algunas cortinas... Dividiremos mi habitación y viviremos como dos hermanos.

—¿Habla usted en serio?...

—Su pregunta quiere decir si soy formal, ¿verdad? Yo creo que sí, que un hombre y una mujer pueden vivir juntos sin que exista entre ellos más que mutuo respeto y cariño, exactamente igual que dos hermanos.

—Pues acepto.

—Así me gusta que sean las mujeres: decididas,

convencidas de que todos los hombres no son iguales.

Aquella noche, durmió Margot en su habitación.

Al día siguiente, liquidada la cuenta de Margot por Hugo, quedó libre el cuarto de ella, que pasó a ocupar el del pintor, a medias con él.

Muy contentos uno y otro, empezaron la división del cuarto, haciéndolo con dos cortinas atadas de extremo a extremo en los muros laterales y en el techo.

El débil "tabique" se vino abajo una vez, y entre risotadas "los albañiles" comenzaron de nuevo el trabajo.

La felicidad había entrado en el cuarto del pintor con la risa de una mujer que ayer era una infeliz que estaba a punto de naufragar.

Una llamada a la puerta del cuarto interrumpió la agradable ocupación de los dos "hermanos".

—Adelante.

Entró un anciano de rostro noble y enérgico mirar.

—Perdone que moleste a usted, señor... pero como tiene usted un martillo... ¿quisiera usted venir un momento, un momento nada más, al número veinticuatro?

Hugo se sorprendió un poco, pues la petición del desconocido no dejaba de ser muy original, pero no se negó a seguirle.

—Vamos, señor.

La patrona pasaba por el pasillo, y Margot, llamándola le preguntó por el vividor que ocupara hasta la víspera el número veinticuatro.

—¿El señor Martel? Dijo que había muchos ladrones en esta casa... y se marchó sin pagarme el hospedaje de dos meses.

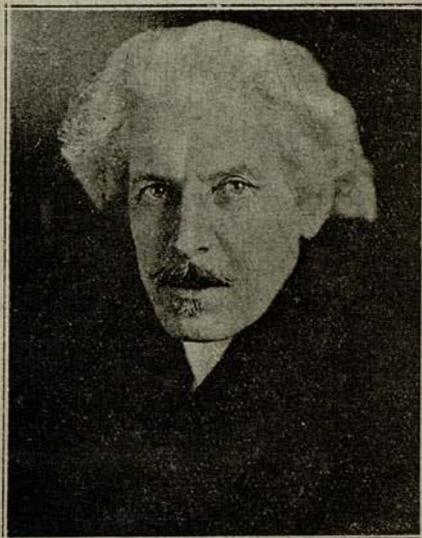
—¡Ah! Este señor es otro cliente, ¿verdad?

—Llegó esta mañana.

Sí, el desconocido acababa de llegar a Monte Carlo. Había solicitado la ayuda de Hugo para que le

destapase una caja llena de papeles y libros, al hacer lo cual le dijo:

—Permítame, señor, que me presente... Yo soy el profesor Durand, en otro tiempo de la Universidad de la Sorbona.



—Yo soy el profesor Durand, en otro tiempo de la Universidad de la Sorbona.

—Tanto gusto, señor.

—¿Juega usted a la ruleta en el Casino?

—No he jugado nunca...

—¡La roca en que se asienta ese edificio está hecha

con cráneos humanos! ¡Las olas que hierven a su pie son de lágrimas y de sangre!

Hugo miraba atónito al profesor, pues la exaltación de éste le hacía temer que era un loco.

—Yo arrasaré ese edificio, que vive del dolor de las almas! — continuó el profesor —. Dentro de pocos días comenzaré a jugar... ¡y ganaré hasta arruinar su banca!... ¡Ganaré!... ¡Ganaré!...

Hugo se escabulló. ¡Ahí era nada encontrarse solo con un loco!

Margot estaba, no sabía por qué, más tranquila sabiendo ausente del hotel al atrevido Martel, y se prometía una vida incomparable viviendo como hermanos con Hugo.

La separación del cuarto quedó hecha lo más artísticamente posible; y para demostrar a Margot que la división con cortinas tenía el mismo poder que un tabique auténtico, díjole Hugo:

—Pase usted a su habitación.

Así lo hizo ella.

—Ahora, yo cierro, y le doy a usted la llave para que abra cuando le convenga. Yo no entraré nunca a ese cuarto, para nada, si no está abierto.

La buena acción de Hugo merecía un premio, y a guisa de tal, recibió dinero en que no confiaba mucho. El vendedor de sus cuadros acababa de liquidarlos todos a buenos precios.

—¡Todos sus cuadros vendidos! ¡Ni uno solo queda en la tienda! ¡Dios sea loado!

Los billetes se amontonaban en las manos de Hugo.

—Ya haré otros cuadros — dijo al vendedor.

—Los que usted quiera. Yo se los vendo todos.

Al quedar a solas con Margot, Hugo no pudo reprimir un deseo, sugerido por la exaltación del profesor que acababa de conocer.

—¡Jugaré, para arruinar ese casino, mil veces mal-

dito! — dijo mostrando los billetes a la gentil "hermana".

—No juegue, Hugo, no juegue. Se lo digo por experiencia.

—¡Bah! Ya veremos lo que pasa. ¡El Casino robó a usted una tienda de modista! ¡Yo voy a recuperarla, y esté segura de que se la traeré, Margot!



—Ahora, yo cierro, y le doy a usted la llave, para que abra cuando le convenga.

Fué inútil que la joven insistiese en rogar a Hugo que no jugase, y éste fué al Casino... y ganó. Para él, la bola que simbolizaba los caprichosos designios del azar, deteniase en la ventura.

Unas horas después, de regreso al cuarto del hotel, dijo el artista a Margot, que ocultaba su alegría:

—Mi vaticinio se cumplió. Aquí tiene usted su tienda de modista.

Le ofrecía cuanto había ganado.

—No, ese dinero es de usted... ¡Yo no quiero... no puedo tomarlo!

—Acéptelo, se lo suplico.

—Si lo acepto, ¿dejará usted de jugar? ¿No volverá al Casino otra vez?

—¡Dejar de jugar! ¡Sería un necio si tal hiciera, ahora que se me muestra tan pródiga la suerte!

—¡La insensatez, la locura sería volver allí, créame!

Pero, como la primera vez, Hugo no le hizo caso.

Al salir del hotel, dirigióse el pintor al café de París, donde sabía que encontraría a la irresistible señora Belmire.

Para el "prudente" Martel, no había tantos ladrones en el café de París como en el Hotel Grimaldi; aunque lo que quería decir era que todos los que había en aquél eran de su cuerda.

Como el dinero acudía a sus bolsillos sin mucho trabajo, el vividor lo derrochaba a manos llenas... y no le faltaban mujeres amigas de los bolsillos repletos de luises.

Hugo vió allí a la aventurera que tanta influencia ejercía en él desde que la conocía.

—Me hallo ante dificultades financieras bastante serias para mí... ¡Todo por no haber llegado un dinero que esperaba de Inglaterra! — dijo la falsa mujer al incauto artista, por si éste llevaba dinero.

Hugo, que no podía creer que mujer tan bella, dueña de joyas tan valiosas y modelo de distinción, fuese una cualquiera, no titubeó en sacarla del apuro.

—Tenga usted — le dijo haciendo seña de que tomase el dinero que le ofrecía por debajo de la mesa, para que nadie sorprendiese su gesto—. Esto le permitirá esperar.

—No, no. Muchas gracias. No puedo aceptar su dinero.

—Le quedaré agradecido si me hace el honor de permitirme que la ayude.

—Tanta generosidad me confunde...

El amigo íntimo y cómplice de la aventurera estaba allí, comiendo como un Príncipe.

La señora Belmire sonrió al tener el dinero de Hugo, y al mismo tiempo en igual grado que a ella, regocijó al amante el desprendimiento del artista.

Luego fueron Hugo y la aventurera al Casino, y la suerte mostróse nuevamente amable con el pintor, alegrándose de ello, por la cuenta que le tenía, la irresistible señora Belmire, por la que Hugo sería capaz de cualquier locura.



El pintor seguía teniendo para la "hermana" todas las delicadezas, rodeándola de todos los respetos.

Y llegó un día en que Margot no se sintió con abnegación bastante para mantener el lazo que creara la mutua voluntad... ¡porque ella amaba sinceramente a Hugo!

—Escuche usted, Hugo — le dijo cierta mañana—. Yo...

—¿Qué le pasa a mi hermanita?

—Mire usted... Pasa que... he cambiado de modo de pensar. Tomaré el dinero que usted me ofreció, y me iré de Monte Carlo. No quiero ser un... un... una molestia para usted.

—Molestia, jamás, Margot... Pero si usted lo cree así mejor... No sería justo que yo la retuviera aquí, sacrificando a mi bienestar su juventud, acaso sus sueños...

—Hoy mismo tomaré el tren para París.

—¿Hoy?... ¿Por qué no espera hasta mañana? Pasáramos juntos el día de hoy, en una excursión por el campo...

—No puedo negarme...

¡Qué mal le salía todo a la infortunada Margot! Había dicho que se iba, esperando otra muy distinta respuesta de Hugo; pero no quería irse y había de inventar algo para no traicionar su corazón.

En el campo, buscando un medio para seguir al lado de Hugo, fingió una torcedura en un pie, cuando su acompañante se alejaba de ella por unos momentos para hacer un apunte del mar a la hora de la agonía del sol.

—¡Uy! ¡Hugo! ¡Hugo!

Acudió este precipitadamente a los gritos de Margot, y tomándola en sus brazos, preguntó si se había hecho mucho daño.

—¡Uy! ¡Uy!

—Pruebe usted de andar.

—¡Uy! ¡No puedo! ¡No puedo!

—¿Ve usted, por traviesa, lo que le ha pasado? Ya no se puede marchar, hermanita.

Margot dió un suspiro. No se podía marchar. ¡Eso era lo que ella quería!

Interpretando perfectamente su papel de cojita, Margot dejó que Hugo, cariñoso como un verdadero hermano, asumiera el cargo de "ama" de gobierno por "inmovilidad forzada" de ella.

¡Ay! ¿Haría Dios el milagro de que Hugo comprendiese que la cojera de Margot no era otra cosa que mal de amores?

El profesor Durand se había hecho amigo de sus vecinos, y los visitó para interesarse por la torcedura de Margot, además de tener el propósito de hablar de su primera visita al Casino, cuyo momento se acercaba.

—Esta noche a las diez en punto, haré una ju-

gada... ¡y ganaré! ¿Vendrá usted conmigo para verme jugar? — dijo a Hugo.

Este creía cada vez más que su vecino era un pobre maniático, y presa de curiosidad, aceptó ir a verle "ganar".

Por la noche, mientras Hugo acompañaba al Casino al profesor, Martel, enterado de que Margot



Margot dejó que Hugo, cariñoso como un hermano, asumiera el cargo de "ama" de gobierno...

vivía con el pintor, aprovechó la ausencia de éste para sorprender a la cojita.

—¡Hola, chiquilla! Me dijeron que no podías moverte, y he querido darte una alegría con mi visita.

—¿Cómo se atreve usted a entrar aquí? ¿Quién le ha dado permiso?

—¿Es médico tu... protector, muchacha? Sin duda

consiste su especialidad en corregir los "pasos" que se tuercen.

—¿Quiere usted marcharse, insolente?

—No, pequeña. Porque lo que no sabe tu doctor y amigo, es que su ausencia te deja indefensa en mis manos...

—¡Indefensa, ha dicho usted! Ahora lo veremos.

Saltando de su silla, con rapidez y firmeza impropias de una cojita, Margot se abalanzó a Martel, arrojándolo en su impetuosa acometida.

—¡Demonio! Basta, muchacha, que me haces daño.

Martel estaba en el suelo, y, encima de él, Margot le pegaba duro.

Cuando pudo incorporarse, el vividor huyó, riéndose, tomando a broma lo ocurrido, pues no tenía tiempo de tomar en serio nada de la vida, y sospechando sin duda la farsa de Margot.

Detúvose un momento detrás de la puerta, y al abrirla Margot para ver si ya se había marchado, él le acarició la barbilla, retirando en el acto el brazo que había introducido en la habitación.

—Otra vez será. ¿eh, rica?

Margot cerró violentamente la puerta, y Martel, silbando tranquilamente, salió a la calle, después de prometer a la patrona, que pagaría lo que le debía... cuando le sobrase el dinero...

Cinco minutos faltaban para las diez de la noche, y el profesor Durand seguía con toda precisión su previamente trazado programa.

Al dar las diez, dijo a un "croupier":

—¡El máximum sobre todas las combinaciones del número cinco!

Expectación.

Se hizo la jugada.

—¡El número cinco!

El profesor recogió el montón de billetes que había ganado, y salió del Casino con Hugo, quien, por su parte, también había ganado mucho.

La gente del Casino contemplaba con curiosidad al profesor.

—¿Quiere usted que regresemos al hotel? — dijo el anciano a Hugo.

—No tengo inconveniente. Pero podemos tomar antes un refresco.

Al llegar al hotel, los dos afortunados jugadores hablaron un rato en la habitación del profesor.

—Usted ha ganado esta noche por mero accidente; yo he ganado previa una certeza matemática — dijo el profesor al artista, orgulloso de su triunfo.

El gran Krantz, el policía de temibles perspicacias, habiéndose fijado en el misterioso profesor, en el Casino, se disfrazó de mujer, le siguió cuando salió con Hugo del bar, y escuchaba detrás de la puerta de su habitación, para tratar de enterarse de su personalidad.

—¿Usted no es hijo de Gilberto Kildair, el famoso artista inglés? — continuó diciendo el profesor a Hugo.

—Sí, señor profesor. ¿Conoció usted a mi padre?

—¡Sí! ¡Su padre murió aquí! ¡El Casino está construido sobre esqueletos humanos!

—¡Qué dice usted! ¡Oh! ¡Pobre padre!

—Poco después de la muerte de mi amigo, hube de llorar otra víctima de esa sala siniestra: ¡mi único hijo!

—Comprendo, profesor...

—¡Por eso ardo en deseos de vengarme! Mire usted... Estos papeles son de oro. Veinticuatro años he trabajado en esto, en mi fórmula... Todos los arbitrios de las ciencias matemáticas puestos en juego.

—¡.....!

—Lo mismo que podemos predecir con certeza el eclipse de un astro, la aparición de un cometa, así predigo yo el momento exacto en que aparecerá de terminado número cada veinticuatro horas.

—Pero... ¡esto es maravilloso!

—Mañana jugaré a las tres y diecisiete minutos.

En efecto, al día siguiente, diecisiete minutos después de las tres, realizábase, infalible, la profecía: el profesor Durand jugaba... ¡y ganaba!

Y el gran Krantz no le perdió de vista...

*

Pronto hubo quien codiciara el sistema del profesor y pulsara toda clase de innobles resortes para poseerlo.

El amante de la señora Belmire era el jefe de una banda de caballeros de industria de la que formaba parte Martel, el tranquilo Martel.

La aventurera fué visitada por su amigo íntimo en su "villa".

—¿Qué ocurre, para que tú vengas tan temprano? — preguntó extrañada, Belmire, a su amigo.

—Es necesario que te vistas en seguida. Hay que hacer una labor de gran importancia para todos.

—¿De qué se trata?

—Ese pintor amigo tuyo es el único amigo del profesor Durand, que gana siempre gracias a una fórmula... De modo que...

—Comprendido.

El profesor regresaba con Hugo a su cuarto.

—¿Qué es esto! Alguien ha estado aquí registrando mis papeles... Es indudable que se me quiere hacer daño — dijo el anciano al encontrar revueltos sus documentos.

—Debe usted esconder bien esos documentos...

—No importa. El que se apodere de ellos no sabría sacar partido de los apuntes. ¡Usted debe aprender la clave cifrada que es base de mi fórmula, tomar de mi mano la espada de la venganza!

—¡Yo, profesor! Gracias por la confianza.

—Escriba lo que le dictaré...

La aventurera cumplía en aquel momento la orden de su buen amigo y jefe. Su automóvil la había conducido rápidamente al hotel donde se hospedaba Hugo; y subió al cuarto de éste.

Margot fregaba el suelo con jabón, como verdadera ama de casa.



—Dígale que vaya a las nueve a casa de la señora Belmire, "Villa de las Rosas".

—¿No está el señor Kildair? — preguntó la hermosa mujer.

—No está. ¿Qué desea usted?

—Dígale que vaya a las nueve a casa de la señora Belmire, "Villa de las Rosas". Es asunto de gran interés.

—Así se lo diré.

—Tenga. Entréguele esta tarjeta con mi dirección.

Margot sospechó que aquella mujer era la que le robaba el cariño de Hugo. Sí, pensando en la aventurera, que era hermosa, demasiado hermosa, el pintor no se fijaba en ella, que, aunque no era tan bella, sabía amarle mucho más y mejor.

Hugo salió del cuarto del pintor en el mismo instante en que la señora Belmire bajaba las escaleras del piso, sin verse ni uno ni otro.

El pintor encontró a Margot trabajando.

—¡Cuánto me satisface ver que ya va bien ese tobillo!

Margot estaba triste. No quería entregar a Hugo la tarjeta de la peligrosa mujer, ni darle, además, el recado que ella dejara.

Pero, deseando comprobar si Hugo la quería siquiera un poco, no le ocultó nada.

—Ha venido esta señora, y dijo que a las nueve esperaba a usted. Me recomendó sobremanera que le repitiese que se trata de un asunto muy importante.

—Si ella dijo que era cosa de gran interés, es que debe encontrarse en algún conflicto — comentó Hugo.

—Vamos, Hugo... Conozco bien esa clase de mujeres... Son las que corretean por las calles de París... ¡Cuántas veces las vi en el bodegón de "Madre Tranquila"!

—¿Qué dice usted, Margot?

—Sí... Probablemente se presentaría a usted ella misma... Sin duda diría que le había tomado por un amigo que era su vivo retrato... ¡Así lo hacen todas!

—¡Eso es falso! Yo iré y ya veré lo que he de hacer.

—¡Si usted acude a esa entrevista, yo me voy de su lado para siempre!

—Haga usted lo que quiera, Margot; pero yo debo ir.

*

**

A las nueve de la noche, Hugo se entrevistaba con la aventurera, loco de amor por ella.

Margot, convencida de que Hugo no la querría nunca como ella le quería a él, disponíase a volver a confiar al acaso su pobre vida.

La señora Belmire ofrecía la tentación de su cuerpo a Hugo, con ánimo de llegar pronto al final de su plan.

—Mi gran sueño es pasear por el mundo la dicha de nuestro amor. Roma, Venecia, El Cairo... Al fin me he convencido de que no puedo vivir sin usted.

—Sí, amada mía, pero eso cuesta una fortuna... ¡y yo no tengo dinero!

—Usted puede tener todo lo que desee... ¡Millones! Siendo usted amigo de...

—¡¡Qué!!...

—¡Naturalmente!... Sería tan fácil...

—¡Hablemos claramente! ¿Es que me ha llamado usted para robar la fórmula del profesor Durand?

Hugo se había apartado de la aventurera, recordando las palabras de Margot.

En vista de que fracasaba, la señora Belmire pulsó un botón para que apareciera un criado encargado de conducir las visitas a la puerta.

El criado llegó, y mientras Hugo se volvía para mirarle, la aventurera vertió un narcótico en una de las dos copas que ella acababa de llenar de licor; y dijo al pintor:

—Al menos no rehusará usted beber por última vez con la mujer que ya perdió para usted todo atractivo... Un brindis de despedida, ¿verdad?

—¿Por qué no?

Hugo bebió, y a poco quedó dormido. El amante de la aventurera y varios cómplices salieron de un aposento y se aseguraron de que el artista dormía profundamente.

—Tu amigo, aquí, a merced nuestra; el profesor, solo; y Martel vigilando a Margot... Podemos dar por segura la victoria.

Salieron de la "villa" los aventureros, rumbo al Hotel Grimaldi, y sorprendieron al profesor en su cuarto, estudiando. El anciano iba a pedir ayuda, pero una hoja de acero partió su corazón.

Momentos después, el sistema del profesor Durand estaba en la "Villa de las Rosas".

Pero, como dijera el profesor a Hugo, sin conocer la clave nadie podría emplear sus apuntes. Era preciso, pues, enterarse de si Hugo conocía la clave.

El amante de la aventurera le despertó de su nodorra.

—¿Conoce usted esta clave? — preguntóle, mostrándole los apuntes del profesor.

—¿Clave? Sí... Yo... yo recuerdo la clave ahora, profesor... — respondió Hugo, que seguía adormecido, y creyendo que hablaba con el profesor.

—¡Ah! Usted nos dirá la clave en seguida.

Hugo despertó completamente y se negó rotundamente a complacer a los aventureros. Estos le ataron a un sillón, para torturarlo.

Todo lo habían previsto los bandidos. Martel encargóse de apoderarse de Margot al salir ésta del hotel, y acababa de llegar con ella a la "Villa de las Rosas".

—Bien — dijo el jefe de la banda —. Ella hará hablar al pintor. Si viven juntos es porque se quieren.

Dos hombres torturaron delante de Hugo a Margot.

—Hable usted y soltaremos a Margot.

—No hable. No hable, Hugo — gritaba Margot, como Mario gritara a Tosca.

Pero Hugo amaba a Margot y no podía verla sufrir.

—¡Basta! — dijo —. He aquí la clave.

Trazó en un papel la solución del enigma, y cuando los aventureros iban a apoderarse del secreto, una



... y pronto quedaron presos todos los bandidos... ¡por el asesinato del profesor Durand!

mano asomó por un cortinaje y sonaron disparos de arma de fuego.

—¡Manos arriba!

Krantz y varios agentes estaban allí, y pronto quedaron presos los bandidos... ¡por el asesinato del profesor Durand!

Krantz demostraba nuevamente que descubría los mejor fraguados planes,

**

Hugo y Margot no tuvieron que decirse que se amaban. Harto lo habían demostrado; y al día siguiente eran ya marido y mujer.

De regreso de la iglesia al hotel, y al paso por delante del cuarto que ocupara el profesor Durand, dijo Hugo, descubriéndose:

—¡Desdichado profesor! ¡El loco afán de vengar a su hijo le ha costado la vida! ¡Y al fin algún día lo hubiera perdido todo!

—¡Pobre profesor!

—Tengo la convicción de que hay algunos que ganan siempre: los que no juegan. No existe más pasión comprensible que la que une dos almas.

Entraron los palomos en el cuarto... y en nombre de la única pasión comprensible, cayó la cortina que lo dividía, porque ya se había derrumbado la muralla de fraternidad alzada entre los corazones.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

Extraordinario. Sábado, 30 del corriente
La sentimental novela

MARIA, LA HUERFANITA

Por la gentil BESSIE LOVE y el galán
WILLIAM HAINES, secundados por MARY ALDEN,
EILEEN PERCY, etc.

Producción METRO GOLDWYN

64 páginas - Numerosas fotos - Postal regalo - 50 céntimos

¡No deje de comprar esta novela el mismo sábado!